

La preocupación de España por mantener el hispanismo

por

Rosario Güenaga
CONICET

En diferentes momentos del siglo XIX y XX España expresó su preocupación por el mantenimiento de las raíces españolas en América Latina, especialmente frente al avance de la influencia y el poder de los Estados Unidos. En esta oportunidad analizaremos dos de esos momentos: 1886 y los años '40 del siglo XX.

La Restauración se instaló en España en 1874 y duró hasta 1931. Se desarrolló bajo viejos conflictos con los carlistas, los movimientos revolucionarios de anarquistas y socialistas y, en sus primeros años, con los movimientos independentistas de Cuba que terminarían con su separación respecto de España. Durante la etapa inicial, la Restauración estuvo bajo la influencia de Antonio Cánovas del Castillo.

El gobierno de España, a pesar de los problemas internos y la preocupación por su propia política y desarrollo económico, no dejó a América Latina librada a su suerte: tenía muy en claro el creciente poder de los Estados Unidos y su política expansionista.

En una minuta del Ministerio de Estado español del 3 de setiembre de 1886 se señalan algunas indicaciones sobre la nación del norte y la importancia de mantener sobre la sociedad latinoamericana la influencia de España y de la Iglesia romana. Ya la actitud de Norteamérica había llamado la atención del representante español en Buenos Aires, y había recibido como respuesta desde el Ministerio de Estado de España que la conducta norteamericana les resultaba ambigua y poco satisfactoria.

La Cancillería española estimaba que la región del Plata era lo suficientemente poderosa no sólo para defenderse, sino también para aspirar a convertirse en el centro comercial de gran parte del continente sudamericano. Sin embargo, teniendo en cuenta la

conducta histórica de los Estados Unidos y su marcada tendencia a expandir su influencia sobre cualquier tipo de poder, se podía esperar que si

[...] *la República Norte Americana llega a penetrar en el continente del Sur, podría ningún Estado de raza latina conservar su autonomía y aun su independencia [...]*¹

Las autoridades españolas insistieron en que era necesario que sus representantes en Buenos Aires expusieran a los hombres del Estado argentino el contraste y la diferencia entre las dos civilizaciones. Como individuos, debían comprender las consecuencias que tendría el permitir que se debilitara lo que representaba la raza española.

A fin de siglo, España, que ya no podía ejercer ninguna fuerza económica sobre Latinoamérica, defendía el mantenimiento de las raíces hispanas para sostener la fibra de su cultura sobre el continente que había descubierto y poblado, y que quería conservar bajo su órbita. El aspecto cultural era el único sobre el que aún podía proteger su influencia. La influencia del positivismo y del antihispanismo era notoria en algunas figuras.

Profundamente enlazado a la cuestión de la hispanidad se encontraba el tema del catolicismo. Por ser España una nación defensora y propagadora del pensamiento de la Iglesia romana, y demostrando la relación entre el gobierno español y el mantenimiento y defensa del catolicismo prohispano, también se le pidió al ministro español en Buenos Aires que enviara un informe detallado de la situación del clero católico, su influencia, las relaciones que tenía con la población y las tendencias que Roma manifestaba hacia Italia y España, países que formaban el núcleo principal de la población extranjera y católica, quizás queriendo mantener el predominio hispano a través de su buena relación con la iglesia.

¹ Minuta del Ministerio de Estado español al Ministro de S.M. en Buenos Aires. Madrid, 3 de noviembre de 1886, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, leg. 1352.

Uno de los problemas que preocupaba al gobierno español era cómo reforzar las relaciones y el idioma, los dos vínculos más poderosos entre los pueblos. España consideraba que era importantísimo hallar la manera de que los intereses de su gobierno y los de la Iglesia coincidieran en sus aspiraciones y se movieran armónicamente hacia el mismo fin. Pero donde más fuertemente España ponía el acento era en oponerse con toda energía

[...] a las invasiones de la raza sajona, pronto la tendrá V.E. ocasión de ejercitar aquellos medios de que le tengo hablado y que el gobierno desea desarrollar para empezar la política de atracción de esas Repúblicas por desgracia descuidadas antes de ahora.²

Perdidas las posibilidades políticas e institucionales sobre el resto del continente (conservaría Cuba, Puerto Rico y Filipinas sólo por unos pocos años más), España se volcó a mantener y fortalecer su influencia cultural y racial para no dejar de ser la Madre Patria. Su gran competidor, aquel sobre el cual tenía los mayores recelos, eran los Estados Unidos de Norte América, país que para fin de siglo estaba en plena etapa de expansionismo territorial y económico, y de hecho ya había manifestado su interés por comprar Cuba, con la consiguiente respuesta negativa española. Defender el Hispanismo era ante todo diferenciar la América Latina, hija de España, de la América anglosajona.

Un segundo momento significativo se presentó en la década de 1940. Entre 1942 y 1943, a medida que avanzaba la Segunda Guerra Mundial, la relación de fuerzas entre las potencias comenzó a cambiar, y la Alemania nazi perdió las expectativas favorables que había alentado en un principio. La suerte del conflicto bélico se modificó a partir de la entrada de los Estados Unidos, lo cual debilitó la confianza española en una posible victoria del Eje. Ante esta nueva situación, España intentó reformular su política internacional con el objeto de suavizar el perfil de su gobierno y establecer lazos con los diferentes estados de América, así como

² *Ibíd.*

con la comunidad española allí radicada, al tiempo que empezaba a tomar distancia del régimen de Hitler. En cuanto a esta modificación de la política española, Stanley C. Payne señala:

Ya no se hablaba en España de apoyar al fascismo internacional [...] Durante el último año de la guerra, el régimen de Franco hizo los máximos esfuerzos para desprenderse de todo vestigio aparente de fascismo. Naturalmente, la Falange tuvo que ser sacrificada en esta operación [...] La influencia de la Falange –más teórica que real– disminuía a medida que el régimen iba levantando poco a poco su nueva fachada liberal.³

Para ello, España buscó dar un carácter premeditadamente más amistoso a las actividades de sus embajadas. Trató de eliminar la imagen falangista que la guerra civil española había producido y que el franquismo se ocupaba de mantener. Es así como el gobierno español entregó al Embajador Español en la Argentina una serie de normas, datadas el 20 de mayo de 1943, donde le señalaba la conducta que debía seguir en distintos terrenos, de acuerdo con los intereses españoles que constituirían el marco dentro del cual debería desempeñar su misión en la embajada en Buenos Aires.⁴

El gobierno central intentó desligarse de otras circunstancias que no fueran las de su propia política, pues consideraba que la actuación de España en América debía desenvolverse en un plano propio, sin puntos de contacto con las influencias de otros países. Por sobre todas las cosas, no debía interferir con la libre actividad interna de la nación en que actuaba. La especial situación de la España franquista en América, que sufría mayoritariamente el descrédito entre la población y los gobiernos, exigía que la defensa de los intereses españoles no chocara, en lo posible, con las posturas contrarias. La actitud del Embajador debía ser comprensiva, fraternal y orientada a iniciar una conducta

3 STANLEY C. PAYNE, *Falange. Historia del fascismo español*, Sarpe, Madrid, 1985, pp. 233-234.

4 Estas normas fueron mandadas a las distintas embajadas españolas en América Latina, pero nos concentraremos en las que fueron enviadas a Buenos Aires.

aperturista. Al observar con discreción las corrientes de opinión opuestas, evitaría al mismo tiempo lanzarse a la polémica y tomar partido por tendencias ajenas.

Para atacar el problema del aislamiento provocado tanto por la guerra civil como por el franquismo y sus alianzas, se debía crear una imagen de ecuanimidad que despertara alrededor de España un grupo de simpatías y colaboraciones. La neutralidad de países europeos como Portugal, Irlanda, Suiza y Suecia convocó la atención del gobierno hispano, que entabló conversaciones con los mandatarios respectivos para tratar de examinar puntos de coincidencia y desarrollar actitudes conjuntas. La creación del Bloque Ibérico⁵, en diciembre de 1942, no debía considerarse como una meta sino sólo como un primer paso para dichos propósitos.

Como encargado de divulgar en la República Argentina esta política, que circulaba ya por Europa, el Embajador de España en Buenos Aires debía sostener una actitud cautelosa, evitar cualquier conducta brusca y conseguir el respaldo argentino para esta nueva concepción.

La imagen moral y religiosa

La cuestión moral y religiosa también estaba presente en la imagen que debía dar la embajada. El gobierno español estimaba

5 “En el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores se elaboró una estrategia [...] que preveía la asociación en torno a España de un grupo de países católicos y neutrales destinado a promover un acuerdo de compromiso y establecer un marco internacional de seguridad colectiva tras la consecución de la paz. El énfasis concedido a la afinidad peninsular con Portugal, a través del ‘Bloque Ibérico’, suponía el primer eslabón de una cadena que pretendía extenderse a varias naciones europeas que habían permanecido, en mayor o menor medida, al margen de la refriega armada, y que contaba también con agregar a algunas repúblicas latinoamericanas todavía no identificadas con la inclinación beligerante norteamericana”, LORENZO DELGADO GÓMEZ ESCALONILLA, *Percepciones y estrategias culturales españolas hacia América Latina durante la Segunda Guerra Mundial*, Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, vol. 2-Nº 2, julio-diciembre 1991, España y América Latina, Tel Aviv University, Facultad de Humanidades Lester y Sally Entin, Escuela de Historia, Instituto de Historia y Cultura de América Latina, Tel Aviv, 1991, p. 27.

que su nación había perdido esa aureola de prestigio histórico y de hombres rectos de la que había gozado entre los hispanófilos tiempo atrás. Si quería recobrar su prestigio, entonces la misión diplomática debía mantener una conducta intachable, austera y de cristiana dignidad.

El vivir como Dios manda –señalan las instrucciones– en medio de las vidas desordenadas y faltas de un sólido asiento moral de aquellas ciudades cosmopolitas, da tal sello de personalidad española que debe considerarse como una necesidad política. Un cierto tinte de religiosidad, no para la exhibición sino como reguladora de la vida privada, ayudará mucho a marcar este matiz

*[...] Clave de arco de toda esta orientación diplomática es el acercamiento, cada vez más estrecho, de España hacia la Santa Sede.*⁶

Nuevamente salía a la luz la tendencia católica del gobierno español y una relación política con Roma cuya clave diplomática consistía en una amistad cada vez más estrecha. Las doctrinas que el Papa difundía al mundo en sus Homilías de Navidad durante la guerra (y que luego sirvieron como base para las negociaciones de la Conferencia de Paz) fueron recogidas favorablemente por España, en su carácter de importante Estado católico. De los contactos especiales que se establecieron entre el Vaticano y España, la política de Su Santidad siempre fue la que mereció una atención preferente; de allí que el Embajador en Buenos Aires tuviera especial interés en la cuestión, habida cuenta de que España era una nación íntimamente vinculada al Vaticano no sólo en lo religioso, sino también en lo político. La estrecha (aunque no ostensible) relación que se estableció entre la embajada y la Nunciatura procuró desplegar una cordial colaboración con los representantes de otros países católicos.

Si bien pocos años antes España había expresado su antagonismo hacia los Estados Unidos en cuanto a su influencia en

⁶ Archivo General de la Administración, Instrucciones para el Embajador de España, 20 de mayo de 1943, Alcalá de Henares, España, R 2420-23.

la América Hispana, el cambio de fuerzas que se estaba gestando a causa de la Segunda Guerra Mundial obligaba a una modificación en su actitud. El gobierno español era consciente de que Roosevelt aspiraba a fortalecer su “panamericanismo” y a crear un área de influencia propia para aplicar su llamada “política de buena vecindad”. En efecto, para asegurar su participación en los importantes negocios de la región, la nación del norte venía desarrollando una activa propaganda que marcaba con nítidos trazos el área en que deseaba moverse. Ante esta situación, la embajada española debía mantener una escrupulosa conducta y actuar con inteligencia diplomática, apartándose de todas las posiciones que los Estados Unidos desearan ocupar. Debía evitar con sumo cuidado el error en que incurrieran aquellos que, con el fin de enfrentarse a las intenciones estadounidenses, promovían una pugna de hispanismo contra panamericanismo. Según el gobierno español, “este último concepto no se correspondía con una visión clara del problema ni con las normas de prudencia tradicionales en la buena diplomacia”.⁷

El gobierno español consideraba que el campo político y diplomático era lo suficientemente amplio como para trabajar, con carácter general y como norma, en los de la tradición histórica y cultural sin entrometerse en campos vecinos. La labor española no debía suscitar reacciones innecesarias, sobre todo cuando el perjuicio fuera mayor que la ganancia.

Para los Estados Unidos, sin embargo, la situación no era ni sencilla ni clara, porque temían que las ideas franquistas se extendieran entre las naciones de América. La opinión reinante en los Estados Unidos era que el hispanismo defendido por el Consejo de la Hispanidad⁸ estaba bañado de falangismo y suscitaba recelos tan graves y amplios que no podían ignorarse.

7 Archivo General de la Administración, Instrucciones para el Embajador de España, 20 de mayo de 1943, Alcalá de Henares, España, R 2420-23.

8 El Consejo de la Hispanidad fue creado en noviembre de 1940 en reemplazo de la Asociación Cultural Hispano-Americana. Nació bajo el control estatal y, principalmente, con el objetivo de desarrollar, aunque no lo expresara de manera explícita, el proyecto falangista en distintos campos de las relaciones exteriores de España. Sus directivos eran un grupo de intelectuales inclinados a la Falange,

El propio Presidente Roosevelt ha manifestado al Embajador de España en Washington que tenía la convicción de que el Consejo de la Hispanidad no perseguía finalidades culturales sino de penetración del falangismo en América y que esta convicción había arraigado en él como consecuencia de las conversaciones tenidas con diversos Presidentes de las Repúblicas hispanoamericanas.⁹

La postura del presidente norteamericano no era un dato menor. La situación internacional y la suerte de la Segunda Guerra Mundial exacerbaban las sospechas, y creaban la impresión de juego poco limpio en el escenario de la diplomacia. La desconfianza norteamericana se volvió un problema tan importante que, para contrarrestarla, se dispuso que el Ministro de Asuntos Exteriores fuera designado presidente del Consejo de la Hispanidad, y que su secretario fuera el Jefe de la Sección de Ultramar del Ministerio de Asuntos Exteriores: de esta manera, ninguna actividad que el Consejo pretendiera ejercer podía eludir el control del Ministerio. El Consejo de la Hispanidad, aseguraba firmemente el gobierno español, estaba de acuerdo con la política de España en América, en la variante conciliadora que ahora se establecía. Dados los recelos existentes, la acción española tenía que replegarse y, sin dejar de ser intensa, debía mantenerse siempre en el terreno cultural y abstenerse de crear la ligazón política que se le atribuía. Para reafirmar estas postulaciones, el Embajador en la Argentina contaba con total respaldo oficial para desmentir versiones contrarias e impedir actividades que no respondiesen a dicha concepción.

lo cual daba un tono falangista a un organismo que buscaba “dotar de un contenido eficiente a la antigua noción de hispanoamericanismo” con la intención de restringir el poder de los Estados Unidos. A medida que las circunstancias americanas no propiciaron esta postura política, el Consejo quedó limitado al ámbito cultural. LORENZO DELGADO GÓMEZ ESCALONILLA, *Percepciones y Estrategias culturales españolas hacia América Latina durante la Segunda Guerra Mundial*, op. cit. pp. 15-26.

9 Archivo General de la Administración, Instrucciones para el Embajador de España, 20 de mayo de 1943, Alcalá de Henares, España, R 2420-23.

Intentó además salir del aislacionismo en el que se encontraba, mediante un acercamiento en sus relaciones con los gobiernos americanos y una política de reducción de conflictos con los Estados Unidos, sin perder de vista los cimientos morales y culturales que habían sido las bases de sus vínculos con América Latina.

Las instrucciones de 1943 delineaban, en suma, un programa político hacia América que intentaba forjar para España una nueva imagen, más propicia y aceptable, basada en tres pilares: las cuestiones culturales, las tradiciones y la difusión del sentimiento cristiano.

En 1947 nuevamente se dieron a los embajadores instrucciones en las que se atendían distintos aspectos. Para esa época ya existía entre España y la Argentina un intenso intercambio a través del Ministerio Español y el Instituto de Cultura Hispánica. Recientemente se había realizado, con gran éxito, la Exposición del Libro Español. Para fomentar aun más la influencia cultural se aconsejó la preparación de una exposición de arte y ciencia españoles que coincidía con la semana (o quincena) española, durante la cual llevarían a la Argentina a los más significativos intelectuales y artistas “para expandir en territorio argentino el conocimiento de las realizaciones hispanas en todas las esferas de la cultura”.¹⁰

Según la nueva política española, se debía aumentar el intercambio mediante becas y la llegada de profesores españoles. Igual actitud se debía tener con los militares, ingenieros, médicos y abogados, para que la Argentina tuviera el mayor conocimiento posible de la amplitud cultural que estaba obteniendo España. Se indicaba además que se debía desarrollar la presencia del libro español, tanto literario como técnico, para que fuera utilizado en las instituciones educativas argentinas.

En resumen, España sabía que otras potencias dominaban el terreno económico. Sabía también que en la década del '40 esos años su propia debilidad era suficientemente notoria como para que le conviniera apartarse del campo político, pues su pasado y su

¹⁰ *Ibidem.*

presente franquista eran una carta de presentación negativa ante el mundo, en particular frente al grupo liberal argentino. Sólo le quedaba mantener y expandir su presencia en el mundo cultural: aumentar su prestigio, promover intercambios y defender la importancia de la columna religiosa católica como sostén del hispanismo. Sobre estos pilares se apoyaría España.